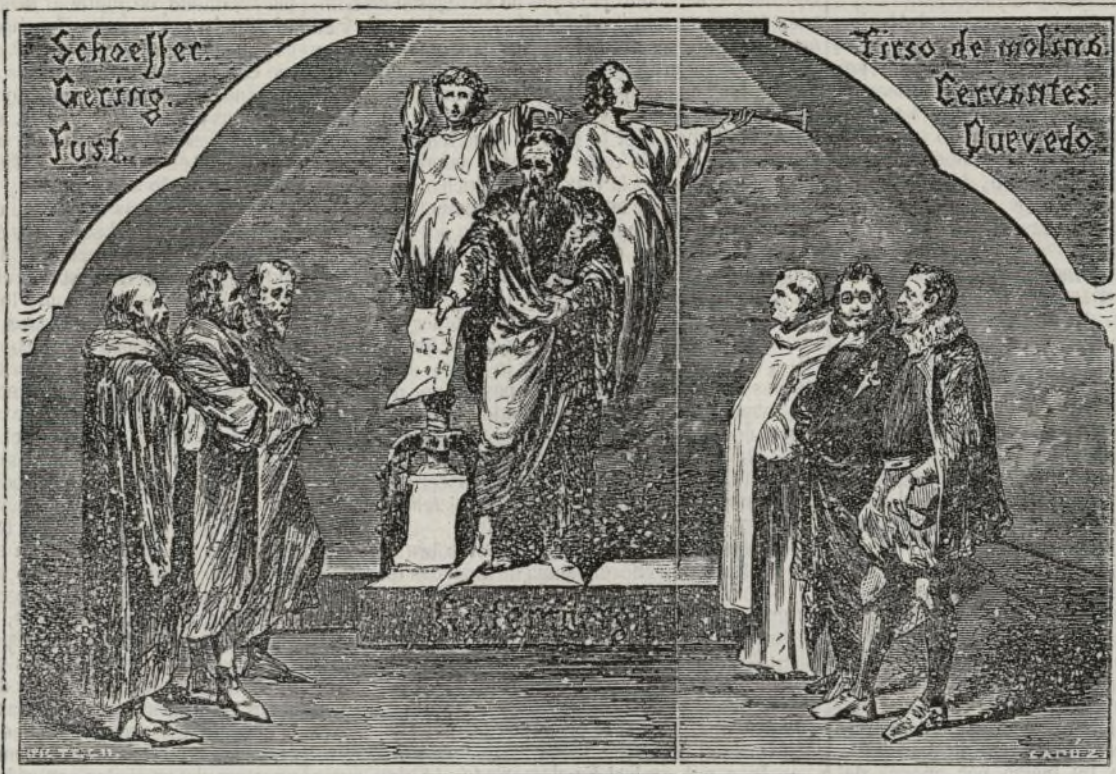


MONITOR DEL COMERCIO.

EL MONITOR
EN REPORTE
EN MADRID
todos los jueves
POR LA MAÑANA,
Y SE REPORTE
A PROVINCIAS
POR EL CORREO
FRANCO EL PORTE.

NADIE RECIBE
mas de un ejemplar
GRATIS
DE CADA NUMERO
aunque tenga
DERECHO A EL
POR VARIOS CONCEPTOS.



EL PRECIO
DE LOS ANUNCIOS
ES 25 CENTIMOS
cada 40 letras
PARA LOS QUE ANUNCIAN
PERIÓDICAMENTE,
ó 50 CÉNTIMOS
PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE
EL ENVÍO DE LOS NÚMEROS
por ningún motivo
PORQUE SOLO SE TIRA
DE CADA UNO
los ejemplares necesarios
PARA EL SERVICIO.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

En su lugar correspondiente insertamos el anuncio para el pago del interés fijo del semestre que vence el día 30 del actual, advirtiéndolo que no se remitirá á los suscritores el aviso particular de costumbre por considerarlo innecesario atendido á que todos reciben los números de **EL MONITOR**, cuyo verdadero objeto es tenerlos al corriente de aquello que pueda interesarles relativo al Establecimiento. La experiencia ha demostrado que siendo tan crecido el número de personas interesadas en la empresa y tan frecuentes los cambios de domicilio, el aviso individual produce un gasto y un trabajo que viene á ser inútil por esta misma causa.

LAS NOCHES DE ESTIO.

SESTA NOCHE.

Al siguiente día el tiempo se había al fin mejorado algo; el sol se presentó á intervalos dando al campo muy risueño aspecto, porque el verdor se había desarrollado vigorosamente con aquella continuada humedad. La paloma había vuelto á entrar en el arca con el ramo de oliva, y nosotros podíamos intentar una escursión exterior para contemplar de cerca los desastres ocasionados por las sucesivas tempestades. Los caminos estaban inutilizados, el pacífico río se había desbordado por todas partes y anegado las plantas mayores. Las flores se hallaban caídas y las frutas cubrían el suelo.

—Se necesitarán quince días de buen tiempo, dijo Mr. Baron, para reparar en parte todas estas desgracias, y me temo mucho que no los tengamos.

—¿Cómo! exclamó Mr. Fourviers, le prometo á usted un tiempo magnífico: esta mañana he estado en la colina examinando el cielo; los vientos son del Este, después de haber pasado por el Norte, lo cual es un indicio infalible.

—¿Dios lo quiera! mas no lo creo, dijo con resignación la señora de Fourviers, que se había persuadido de que el cielo tenía un verdadero placer en contrariar los pronósticos de su marido.

—En todo caso, añadió la misma, la noche estaría demasiado fresca para quedarnos fuera; y al lado de la lumbre oiremos el fin de la historia de Mr. Brevat; veremos mañana si podemos trasladar bajo los corpulentos árboles nuestro salon de lectura.

—¿Pero quién tendrá la palabra?

—Segun el orden alfabético, vd., señora, ó su marido.

—Respecto á mí, contestó, estoy libre de derecho; mis funciones de ama de casa son una legítima excusa; además, á no ser que vds. quisieran saber alguna receta para hacer dulces, ignoro que es lo que podría contarles.

Este abstenerse de la señora de Fourviers era una nueva prueba de su esquisito tacto; con la elevada inteligencia que yo le reconocía, con su esmerada educación y con su facilidad para explicarse, le hubiera sido muy espedito el improvisarnos una historia llena de ideas tan delicadas como ingeniosas; mas para lisonjear el amor propio de las demás señoras de aquella sociedad, buscaba un pretexto plausible en apariencia: sin embargo, insistí.

—Eso es escusa modestia; no tiene vd. que hacer sino escrudiñar algo en su corazón, que en las mugeres es un libro inagotable.

—¡Ay! querido amigo, me contestó riéndose, ¡cuántas hojas en blanco hallaría vd., si se tomase el trabajo de examinar este libro!... Créame, mas cuenta le tiene dirigirse á mi marido: pregúntele vd. una de esas historias que, segun él, le han pasado siempre antes de casarse: es admirable la vida aventurera que en aquella época hizo; felizmente tengo yo la fé de los apóstoles.

—Pues bien, Fourviers, prepárese vd. para mañana.

—Mejor quisiera jugar un whist.

—Estamos convencidos de ello; pero como vd. sabe, es necesario obedecer á las leyes. *Dura lex, sed lex*, dijo sentenciosamente Mr. Barielle.

—Me guardaré muy bien de faltar á ellas en presencia de un funcionario, replicó Fourviers, saludando á Mr. Baron.

—El funcionario siente mucho no poder tener el placer de oírlo á vd., no esperamos para marcharnos sino el fin de la historia de Mr. Brevat.

—Se quedará vd. aquí ocho días mas, dijo la señora de Fourviers.

—Mis administrados me reclaman.

—Que aguarden, dijo Mr. Barielle, ¿no están acostumbrados á eso? Después de aquella espresion burocrática nos entramos á comer.

A la noche continué la lectura del manuscrito.

Algunos días después de mi llegada á Chandernagor, presumiendo que José estaría de regreso, le envié la carta que con anterioridad le escribí; y no me había engañado en mis previsiones, porque ya había él vuelto á su casa. Al momento vino á verme. Nuestra entrevista fué bastante fria; ¿seria ilusión ó preocupación por mi parte? Lo hallé algo turbado; evidentemente aquel viage, emprendido con tanta precipitación, tenía para él cierto misterio.

—Mi muger, me dijo, no ha podido acompañarme

en atención al estado de la niña, cuya prolongada enfermedad nos causa á ambos graves inquietudes, y mas particularmente á mí que voy á tener que hacer un viage á Europa; porque se trata de la compra de máquinas que la compañía necesita para los trabajos, y esta es comision que no puede fiarse á nadie.

Al hablar así se alteraba su voz, y leía yo en su semblante que la idea de dejarme en ausencia suya al lado de su muger, contribuía sobremedera al pesar que le ocasionaba su obligacion de alejarse. A falta del amor que Magdalena me rehusaba, quise al menos merecer su estimacion, y al punto le contesté á José.

—Ciertamente, querido primo, tú me perdonarás que sea egoísta, pero el anuncio de ese viage me llena de alegría. Mi mision concluirá mucho antes de lo que yo pensaba: hubiera tenido que volverme solo y ya he encontrado un compañero de viage.

Mis sospechas eran fundadas; con aquella espresion, dicha naturalmente, se despejó la fisonomía de José.

—Por mi parte, dijo, no puedes dudar de la satisfacción que tendré con tu compañía, si consientes volverte cuando apenas has llegado, porque todo lo mas que puedo retardar mi marcha es un mes.

—Un mes es sobrado bastante, le contesté con el corazón muerto, porque iba á dejar aquella tierra donde había yo creído morir junto á Magdalena. Tenia yo formado el proyecto, le añadí, de visitar la India; pero la satisfacción de hacer juntos el viage se sobrepone á mis ideas de peregrinacion.

—Quedamos convenidos, me dijo dándome la mano; pero mientras tanto no puedes permanecer aquí, porque te morirías de aburrimiento; vente á vivir á mi casa, y cuando tus negocios te llamen á Chandernagor, mi carruaje estará á tu disposición.

Acepté la última oferta, pero rehusé formalmente elirme á vivir á su casa: creí comprender que mi resolución no le era desagradable. Volvímos, pues, á Calcuta y me hallé otra vez en presencia de mi prima, quien aguardando á verme, había tan perfectamente modificado su semblante, que nada dió á conocer su interior conmocion.

Durante el mes que corrió hasta el día de nuestra marcha, José no me dejó un instante; parecia que multiplicaba á mi alrededor las distracciones; estas eran cacerías, carreras de caballos, paseos por el Ganges; viví en medio de un torbellino de fiestas, en las cuales la señora de Riquier no podía acompañarnos: servíale de pretexto para permanecer en sus habitaciones la enfermedad de la hija, y si alguna vez nos encontrábamos, no mediaba entre nosotros ni una palabra, ni un ademán que recordaran lo pasado.

Fué preciso marchar. Aquella misma mañana antes de salir, un indio, con la librea de José, me trajo una carta que solo contenía estas palabras: «Gustavo, estoy satisfecha de su comportamiento, tiene us-

»ted un corazón noble. Adios, ó mas bien hasta que nos veamos en la eternidad.» El valor de esta noble mujer había exaltado el mío; el momento de la despedida fué digno y decoroso; sin embargo, al estrecharle la mano, no pude contener una lágrima que José sorprendió al pasar; pero dueño de sus sensaciones, nada dió á conocer en su fisonomía la estrañeza que debiera causarle semejante alicción.

El 29 de setiembre nos embarcamos en el *Alexander*, magnífico vapor, y de pie sobre cubierta, abismado cada cual en sus reflexiones, estuvimos por largo tiempo contemplando la ciudad que se escondía en el horizonte y que se coloraba de púrpura con los rayos del sol que estaba poniéndose. Todo nos hacía presagiar un feliz viaje, aunque estábamos en la época del monzon: el buque era nuevo, la tripulación numerosa, y trescientos pasajeros prometían agradables distracciones á cuantos tuvieran el corazón libre de cuidados.

Los primeros dias de nuestro viaje fueron felices; mi primo y yo invertíamos parte del tiempo en pasearnos por el puente, donde solía venir á unirse con nosotros un jóven cuya presencia nos fué simpática y cuyo formal carácter convenia perfectamente con nuestras ideas. Era un inglés que regresaba á Europa despues de un viaje emprendido con objeto científico: tenía verdadera pasión por la botánica y nos aseguraba que comprendía perfectamente el fin de aquel sabio, chino ó de otra parte, que había muerto desesperado por no poder explicarse el fenómeno producido, al menor contacto, sobre el acacia ó mimosa púdica, *vulgo*, sensitiva.

Al anochecer del sexto dia despues de nuestra salida de Calcuta, una mancha gris que se observó en el horizonte, en la que nos fijamos poco, despertó la atención de la tripulación, y un movimiento desacomostado que se notó á bordo, nos dió á entender que se temía una tormenta ó acaso una tempestad. No tardó en estallar con inaudita violencia; era uno de esos horribles huracanes que los indios llaman trombas. Las enfurecidas olas se alzaban hasta el cielo y sacudían con tal fuerza por encima del puente, que era preciso agarrarse á las jarcias para no ser arrastrados hasta el mar; la oscuridad era profundísima; torrentes de lluvia y de granizos nos lastimaban el rostro; la tormenta nos perseguía con su espantoso ruido y siniestros relámpagos aumentaban nuestro terror, arrojando una pálida luz sobre aquella escena de desolación. La noche entera se pasó en estas agonías; al amanecer vimos un horribilísimo desórden. El palo mayor estaba roto y al caer había destruido la chimenea; parte de la obra muerta estaba arrancada, todo, en fin, presentaba la imagen de la destrucción.

Por un momento pudimos creer que la tempestad se iba serenando, y ya el capitán trataba de reparar las averías, cuando vinieron á avisarle que el buque hacia agua. Fué necesario acudir á las bombas: pasajeros y marineros indistintamente se ocuparon en este trabajo. Si el tiempo hubiese continuado mejorándose, nos quedaba todavía alguna esperanza; pero á las ocho de la mañana la tempestad repitió con nueva fuerza, y á pesar del incesante trabajo de las bombas, vimos que el agua iba subiendo.

Colocado yo junto á José pude admirar su valor y su energía: desde que conoció el peligro, fué á ponerse á disposición del capitán para ayudarle á evitar toda escena de desórden. Su hábito de mando y su sangre fría formaban de él un auxiliar estimable. Pero desgraciadamente el capitán no creyó que debía aceptar sus ofertas, y contestó con altivez que sus oficiales bastaban para dirigir la tripulación.

Al encrucearse la tempestad se rompió el timón, y el buque era juguete de las olas; á medio dia, no obstante los mayores esfuerzos, las bombas no bastaban y el agua crecía á nuestra vista; á las cuatro se apagó el fuego de la máquina: ya no había esperanza. Un terror pánico se apoderó entonces de los pasajeros y de parte de la tripulación: se echó á la mar un bote, pero se volcó con el gran número de personas que se arrojaron á él, de las cuales algunas fueron muy afortunadas en poder volver á entrar en el buque, agarrándose á las cuerdas que les echaron.

El capitán reunió algunas personas de valor para que protegiesen el embarque de las mugeres y de los niños; mas en aquel instante los marineros que en desórden habían abierto las pipas del aguardiente y estaban ébrios, se precipitaron furiosos sobre la guardia, insultando á los oficiales y queriendo apoderarse de los botes. Fué necesario hacer uso de las armas, y á lo horroroso de nuestra situación se agregó el espectáculo de los desgraciados, cuyos cadáveres sembraban el puente del buque.

Cuatro botes que lo mas podían contener á ciento cincuenta personas, eran el único recurso de cuatrocientas. Con algun órden y con serenidad, se hubiera podido intentar construir una balsa: de esta manera se habría infundido algun aliento en la tripulación que se veía sin remedio perdida, porque las lanchas

no bastaban ni aun para la mitad de los pasajeros. Nada se hizo.

Desde un principio había yo hecho el sacrificio de mi vida; mi último pensamiento debía estar en Magdalena, y así sería el primero en acudir á la cita que ella me había dado.

José, con todo el prestigio que inspira el hombre de valor, había aconsejado que no se dejaran las bombas; decía que aun podía sostenerse el buque y en este intervalo ser socorrido. Sus palabras breves y vigorosas persuadían y su ejemplo animaba; desde por la mañana estaba trabajando con un valor de que no le hubiera yo creído capaz.

Al empezar á caer el día, el agua había invadido el entrepuente. En este momento supremo conocí que le tenía apego á la vida y quise luchar con el destino. Dejé la bomba en que constantemente había estado trabajando y me acerqué al sitio del buque por donde se hacia el embarque. Los oficiales habían conseguido establecer algun órden.

Advertí que cuando algun bote se alejaba de á bordo, era invenciblemente arrastrado por los remolinos y caídas de aguas. Llamé aparte á José y le dije:

—Ves ese cable que está á lo largo del buque? los dos botes que se alejan han pasado por debajo de él; suspendámonos en él y cuando el tercero vaya á pasar, nos dejamos caer.

—¡Ah! me contestó, estoy muy fatigado, me faltan las fuerzas y me sería imposible hacer lo que exigis. Estaba escrito que yo no sería feliz en esta tierra.

Y se dejó caer al pie del mástil sobre una caja que contenía una enorme suma de monedas de oro.

En el mismo instante un marinero ébrio que traía un gran saco de tapones de corcho, se paró delante de José:

—¡Eh! dígame vd., caballero, el de la caja, ¿quiere comprarme este saco de tapones? Lo vendo, pero quiero oro.

—¿Cuánto quieres? le preguntó José.

—Diez mil reales.

—¡Diez mil reales! Es demasiado; te doy cinco mil.

—¡Cinco mil! no tendrá vd. mi saco.

—Yo lo tomo, dijo el jóven botánico inglés.

Y desatando un cinlo que traía puesto lleno de oro, contó aquella suma al marinero; despues cogiendo una cuerda fuerte con la que se ató al saco de tapones, se arrojó decidido al mar.

—Vamos, José, le dije, no hay que perder un momento, levántate, Dios suele hacer milagros y debemos luchar hasta el último instante.

—La muerte no me horroriza, Gustavo, la espero sin temblar, pero aprovéchate tú de ese medio para salvarte. Si vuelves á ver á Magdalena, dile que no la he amado como ella merecía. ¡Qué insensato he sido creyendo que el oro hacia la felicidad de este mundo! Sé su apoyo, sirve de padre á mi hija y compensará los padecimientos que tu presencia en Calcuta me ha hecho sufrir. No me he engañado acerca del objeto de tu viaje; amas á Magdalena; hazla feliz.

—¿Qué dices? Es cierto que no he podido resistir al encanto que ella ejerce sobre los que la ven, pero tu mano puede estrechar la mía con confianza; tu último pensamiento puede descansar sin temor en Magdalena, porque nunca muger mas pura ha merecido mejor la estimación de su marido.

—Lo sé, me contestó. Violentos celos me habían hecho espiarlos á vds.; he leído la carta que recibiste la mañana de nuestra salida, y que llevas ahí sobre tu corazón. Mas os perdono, porque os amábais y me habeis respetado. ¡A Dios! Procura prolongar tu vida, porque tienes un fin que llenar. Para mí todo está concluido.

—No, le repliqué, no acepto semejante sacrificio. ¿Crees que no pueda yo arrostrar la muerte como tú? Juntos moriremos.

—No quiero, exijo que te vayas; las fuerzas me faltarian. Vete y cúmplase la voluntad de Dios.

Intilmente estuve luchando para decidirle á que me siguiera; todos mis razonamientos se frustraron, mis ruegos fueron inútiles.

—Pues bien, le dije, voy á tratar de salvarme para servir de padre á tu hija. ¡A Dios!

Me arrojé de á bordo; era á tiempo, se separaba del buque la última lancha. Como lo había previsto, pasó por debajo de la cuerda en que estaba yo suspendido y me dejé caer en medio de la muchedumbre. Los desgraciados cuyo número venia yo á aumentar y á acrecentar así las probabilidades de perderse, empezaron á dar muchos gritos. Trataron de arrojarme al mar, pero yo estaba muy agarrado á un banco para que pudieran arrancarme de allí. Uno de los mas encarnizados, creyendo hacerme saltar la presa, me dió una cuchillada en la pierna. Sentí un dolor igual al del golpe de una cuerda mojada, pero no me moví. Viendo la inutilidad de estos esfuerzos y temiendo, además, volcar el bote, me dejaron en paz, y pude conservar el puesto que había conquistado.

Supé entonces que había un buque á la vista y que era menester quedarnos en el mismo sitio, con la esperanza de ser recogidos, porque no teníamos ni agua ni provisiones.

Sucedió entonces una escena que siempre estará grabada en mi memoria. Aun cuando era ya casi de noche, distinguía yo á mi desgraciado amigo. Se había levantado de junto al mástil y sentándose en la tórdilla, presenciando silencioso é impasible mi lucha con los pasajeros de la lancha. Junto á él estaba de pie con las manos levantadas al cielo, un respetable anciano, un ministro anglicano. Tenía este arrodillado á sus pies á sus tres hijas, sobre las cuales imploraba la bendición del Señor, mientras su muger lo estrechaba en sus brazos. Estas heroicas mugeres no habían querido abandonarlo. En este momento se abrieron las negras nubes que cubrían el horizonte y un postrer rayo del sol que se estaba poniendo, alumbró aquel sublime espectáculo. De repente el agua reunida en la bodega hizo estallar el puente superior, oyóse una horrosa explosión y los desgraciados que en el buque quedaron, arrojados por el aire, cayeron y desaparecieron en su sepulcro movedizo.

Lleno de horror di un grito y con las manos me tapé los ojos, saltando el remo, cuando era tan importante huir del remolino de aguas que acababa de formar el enorme volumen del *Alexander* al desaparecer bajo las olas. Los gritos de mis compañeros de infortunio me recordaron nuestro propio peligro y volví á coger el remo con nueva fuerza.

Serenóse la tempestad; había ya concluido su obra. Pasamos la noche en un estado de que se puede formar una idea, pero que no se describe. De vez en cuando tropezábamos en la oscuridad con trozos de los palos, con los masteleros, con sus aparejos, que ponían en peligro nuestro frágil bote; los gritos que se levantaban desde aquellos despojos flotantes, nos indicaban que estaban llenos de desgraciados. Otras veces eran unas formas blancas que se alzaban sobre la cúspide de las olas y en las que, cuando pasaban cerca de nosotros, reconocíamos los cadáveres de nuestros desgraciados compañeros á quienes la mar arrojaba. Se restableció la calma y la luna alumbraba á lo lejos, con su pálida argentada luz, el sitio donde pocas horas antes se movían tantas existencias jóvenes y vigorosas.

Por la mañana vimos la vela que se había divisado la tarde anterior. Con esa abnegación y ese valor tradicionales entre los marineros de todas las naciones, el capitán se había puesto el paño para tratar de salvar á los naufragos. Indudablemente nos vió, porque se dirigió hacia nosotros y algunas horas despues habíamos sido recogidos por el *Bremen*, buque holandés que se volvía á Calcuta. Habiéndosele hablado al capitán acerca de los gritos que habíamos oído que salían de los restos del buque, mandó echar sus botes á la mar y examinar los parages donde se verificó la catástrofe. Sus esfuerzos fueron recompensados: se reunieron todas las lanchas del *Alexander*, se encontraron muchos hombres agarrados á los gallineros, á pedazos de madera y entre ellos al jóven inglés que compró en diez mil reales el saco de tapones.

Así, pues, la funesta avaricia de mi desgraciado primo había ocasionado su muerte.

Experimenté un violento dolor por la pérdida de José, lo lloré sinceramente, y puesto que te he hecho la manifestación de mis flaquezas, ¿por qué no he de decirte, en elogio mío, que la idea de ver á Magdalena libre y de poder ser algun dia el dueño de su destino, me ocasionó ciertas emociones de dicha á las que acaso me habría entregado en cualquier otra circunstancia?

Yo prosperaba mas de lo que creía.

Así que el capitán del *Bremen* se cercioró de que todas sus pesquisas eran ya inútiles y de que había cumplido con lo que le dictaba su corazón y su deber, decidió continuar el viaje. Se nos prodigaron los mayores cuidados. Mas ¡ay! de cuatrocientas personas que la vispera respiraban juntas bajo un mismo techo, solamente quedábamos ciento sesenta. El capitán del *Alexander* había perecido valerosamente en su puesto, no queriendo sobrevivir al buque.

Llegamos á Calcuta á los veinte dias de haber salido de ella; cuántas lágrimas nos aguardaban! Yo estaba, lo confieso, muy preocupado respecto á los medios que emplearía para informar á Magdalena acerca de la pérdida de su marido, y á medida que me acercaba á ella, la impresion que había yo sentido con aquella horrosa muerte, se iba borrando. Presentarme ante ella en estas circunstancias, ¿no era ocasionarle alguna grave turbación? Limitarse á escribirle, ¿no le parecería indiferencia?

No había yo adoptado todavía resolución alguna y nos hallábamos á la vista de la ciudad. Aun antes que hubiésemos desembarcado, se había esparcido la noticia del desastre del *Alexander*. Verdaderamente existía en el aire cierta electricidad encargada de comunicar las malas noticias, á falta de todos los medios humanos. Una inmensa muchedumbre estaba parada en los malecones y resonaban gritos de alegría y júbilo.

vista y
tío, con
teníamos

re estará
a casi de
. Se ha-
e en la
mi lucha
staba de
espetable
irrodilla-
s implo-
ruger lo
geres no
niento se
izonte y
o, alum-
gua reu-
or, oyó-
que en
yeron y

nos me
tan im-
baba de
desapa-
deros de
eligió y

uido su
e puede
e vez en
ozos de
os, que
itos que
tes, nos
s. Otras
n sobre
asaban
eres de
la mar
abraba
o donde
s jóve-

divisado
lor tra-
ciones,
de sal-
porque
ues ha-
olandés
o al ca-
que sa-
botes á
rificio á
dos: se
encon-
lineros.
n inglés
ones.
ruciado

rida de
e hecho
o he de
agdale-
s desu-
a á las
tra cir-

de que
e habia
deber,
los ma-
personas
o techo,
itan del
u pue-

ber sa-
ban! Yo
to á los
gdalena
que me
ido con
esentar-
ocasio-
ribirle,

Alguna y
ates que
la noti-
te exis-
comuni-
dios hu-
rada en
y júbi-

lo, cuando reconocían á un amigo ó á un pariente. Apoyado en un parapeto, estaba yo viendo maquinalmente aquellas escenas y la muchedumbre, porque nadie debía ocuparse de mí. De repente descubre mi vista en aquel gentío á Magdalena, pálida, trémula y descansando en el brazo de su padre, con los ojos buscando ávidamente si su marido estaba conmigo. Con la espresion muda de mi vista que levanté hacia el cielo, me comprendió; porque haciendo una señal de despedida con la mano, cubrió su rostro con el pañuelo y se retiró lentamente.

Debí respetar una pena tan profunda. Por la noche vino el padre á visitarme para informarse acerca de los pormenores de la muerte del yerno: sentíalo dolientemente, porque había podido apreciar el superior talento de José y comprendía que le sería imposible reemplazarlo, y porque la hija nunca tuvo el menor motivo para quejarse del comportamiento de su marido. Me dijo también que por una extraña coincidencia, la niña de Magdalena falleció á los seis días de nuestra salida.

Después de dejar correr algun tiempo le escribí á Magdalena para anunciarle mi proyecto de no salir de la India: me propuse visitar á Pondichery, Madrás y Bombay, y le pedía permiso para escribirle.

¿Qué puedo decirte ahora, querido amigo, que tú no hayas adivinado? Obtuve una contestacion favorable; nuestra correspondencia, corta y fria en un principio, se aumentó y se hizo mas afectuosa, de modo que antes del año regresé á Calcuta, y en el día soy el esposo de la muger mas virtuosa y amable, disfrutando tranquilamente en el seno de mi familia toda la felicidad que Dios ha reservado al hombre en la tierra.

—Así es como yo quiero que acaben las historias, dijo la señorita de Perron. Ciertos que nos ha hecho usted sufrir sensaciones muy agudas, pero despues hemos experimentado mayor placer.

—Pues á mí la descripcion de aquella horrorosa tempestad me ha trastornado completamente, dijo la señora de Fourviers, y puesto que no se halla muy entrada la noche y la luna está brillante, propongo que para disipar aquella desagradable impresion, vayamos á dar una vuelta por el parque antes de ir á acostarnos.

—Aceptado con el mayor gusto, dijimos todos.

Ofrecí el brazo á la señora de Prebaud y Mr. Gaston á la señorita Eugenia, de modo que ambos estábamos en nuestro lugar.

—Anoche estubo vd. muy severo al hablar de las coquetas, me dijo la señora de Prebaud, y me alegro mucho de que la casualidad me proporcione tan pronto la ocasion de reconvenirle á vd. por ello; se puede ser coqueta y tener corazon al mismo tiempo.

—Primeramente, le contesté, apretándole algo el brazo, no es la casualidad la que me ha acercado á usted, sino una atraccion magnética; mas ¿cree usted que pudiera haber severidad bastante para con una muger que procurara inspirar un sincero y profundo amor, á fin de tener el gusto de reirse de su victima?

—Las mugeres no pueden ser responsables de la inflamabilidad de los hombres. A la verdad se hallan en situacion muy dificultosa; porque si guardan escesivo comedimiento, se las acusa de orgullosas y engastadas: si procuran hacerse agradables, se las llama coquetas, y si no admiten los obsequios de un cualquiera á quien se le ocurre atenderlas, son mugeres sin corazon. Sin embargo, nosotras no podemos amar á todo el mundo.

—Usted sabe muy bien, le dije, que nos quejamos mucho para conseguir poco. Mas en los afectos hay grados, y si entre las personas que no pueden mirarse á vd. sin dejarse arrebatar de sus encantos, hubiese alguna que esperara hacerle compartir la pasion que sintiera, ¿tendria vd. valor para atormentarla?

La declaracion era directa; habia yo modulado la voz con un acento muy afectuoso, porque desde muy antiguo conocia la verdad de aquel axioma formulado en cierta copla de Scribe:

Somos cariñosos cuando espresamos
Un sentimiento que no experimentamos.

La señora de Prebaud recibió la embestida como muger acostumbrada á semejantes ataques.

—¿Mas donde hallará vd. una persona que pueda sentir en realidad ese amor verdadero de que me habla?

—¡Infeliz de mí, sino he podido hacerme entender!

—¿Usted! me dijo, ¿un autor?

—Yo, le repliqué. ¿Y porqué la profesion de autor me habrá de prohibir el derecho de amar?

—Porque todo lo tienen vds. en la cabeza y nada en el corazon.

—Me permitiré contestar á su aserto, además de que en todo caso seré yo la escepcion. Yo era el mejor amigo de Gustavo, á quien creo poderse citar á usted como tipo de constancia: pues bien, esta conformidad en nuestra manera de ser era lo que nos hacia simpático el uno para el otro. Dime con quien andas... dice el adagio comun.

—¡Si estuviese yo segura de que vd. habia de ser como él!...

—Pruébelo vd.

—Veremos, dijo, dejando caer su mano sobre la mia.

—Temo que te resfries, Gabriela, dijo de pronto una voz ronca que se oyó detras de nosotros; deberias abrigarte mas.

Era Mr. de Prebaud que, muy cuidadoso con su muger, venia á traerle un chal. ¡Infeliz!

Tuve algunos remordimientos en el corazon.

REVISTA COMERCIAL

La actitud de los labradores de Castilla, de algunos años á esta parte, empieza á llamar la atencion de cuantas personas se ocupan de negocios mercantiles, porque ella únicamente es la causa de la larga paralización que viene sufriendo el antes tan animado comercio de granos y harinas. España es uno de los graneros de la Europa, y sin embargo, los precios de los cereales han llegado á ser en ella mas altos que los que obtienen países menos favorecidos por la naturaleza ó que no han tenido una cosecha tan regular como la nuestra.

En París cuesta hoy el trigo de 44 á 45 rs. las 90 libras castellanas. La harina 16 1/2 rs. la arroba, hallándose muy ofrecida hasta fin de diciembre.

En Inglaterra el trigo de España vale 30 rs. la fanega de 90 libras y el de América y otras naciones á 46, 47 y 48 rs., vendiéndose la harina española á 17 y 18 1/2 rs. arroba, segun clase.

Veamos ahora lo que pasa en España. En Valladolid, centro del comercio de granos y mercado principal de la peninsula, se pagan los trigos de 44 á 45 reales en Bilbao, y las harinas se cotizan en esta plaza y Santander á 48 rs. la arroba. Añádase á estos precios el coste del transporte á Inglaterra ó á Francia y se verá por qué las plazas extranjeras acuden hoy á surtir á otros mercados mas baratos que los nuestros, y porque en la peninsula los compradores se limitan á obtener lo puramente indispensable para el consumo.

En Santander continua la paralización mas completa. En la semana que acaba de terminar, las operaciones han sido casi nulas, lo cual no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta lo recargado de existencias que se hallan los detallistas, quienes se retractan de hacer nuevas compras hasta no dar salida á una buena parte de las hechas anteriormente.

Las harinas de clase primera de buena marca, solo han obtenido 17 1/2 rs.

En Valladolid ha sido mas importante la concurrencia de vendedores, habiéndose pretendido por los tenedores á 44 1/2 rs. por fanega de 94 libras; pero no siendo posible que los vendedores admitieran estos precios, quedó el mercado limitado á las ventas al menudo hechas en el canal al precio de 43, 43 1/2 y 44 rs. fanega, segun calidad.

En Rioseco tambien van aumentando las entradas, sosteniéndose los precios al detall de 43 á 43 1/4 reales fanega de 94 libras. Los trigos que llegan á la venta son de poco peso. La cebada tambien sigue sostenida de 26 á 27 rs. fanega.

En Palencia los precios han alojado un poco, tomándose á 40 rs. fanega de 92 libras en pueblos distantes del canal tres y cuatro leguas, y 42 1/2 á bordo del mismo.

Aunque echadas las aguas al canal, no se advierte movimiento ni animacion alguna en los fabricantes y especuladores.

En Búrgos el trigo blanquillo, de 40 á 43 rs., y el álaga al mismo precio, y la cebada de 20 á 21.

En Sevilla reina gran paralización asi en granos como en caldos. El aceite encalmado, con cortas alteraciones en sus precios.

Aunque no podemos decir que el mercado de Barcelona haya desterrado la calma ó inaccion en que estaban los negocios, podemos al menos mencionar algunas operaciones en azúcares y cereales, pues estos han sido los únicos artículos que le han dado algun movimiento. Los algodones han sufrido alguna oscilacion durante la semana; pero no han pasado las operaciones de las puramente mas necesarias para el consumo, y en los demás artículos tampoco se ha notado alteracion.

—Los aceites siguen en completa paralización y las pocas ventas que se han efectuado para el consumo lo han sido de reales 18'13 á 18'27, los de Andalucía de clase baja, y los buenos de igual procedencia de 18'66 á 18'93 el cuartal. Los de Ampurdan se cotizan de 18'66 á 18'80.

En aguardientes continúan siendo de poca importancia las operaciones y á la vez tambien los precios siguen declinando. Las jerezanas de 33 grados se ceden de 104 á 106 duros y con apariencias de mas baja.

Los de caña, siguen igual marcha que los del pais,

y solo tenemos noticias de haberse vendido á la vale 200 pipas á precios reservados.

En algodones á principios de la semana continuaron sostenidos los precios y sin apariencia de alteracion; cuando las noticias recibidas de las plazas de Inglaterra y Francia hicieron pronunciar en baja el mercado. Esta solo fue momentánea porque los últimos partes telegráficos han contribuido á sostener los precios primitivos con que cierra la semana. Estos son Nueva-Orleans 72 á 73 pesos, reales 1,075'21 á 1,090'14.—Sawgined, 63 pesos, reales 940'78.—Tinniwly de 52 á 53 pesos, reales 776'34 á 791'47.—Fernambuco, 70 pesos, reales 1,043'31, por quintal, contado.

Ninguna variacion se nota en harinas y sigue reinando la calma tan repetida en nuestras anteriores. A esto se debe que sigan inalterables los precios que son de 75 á 81 rs. las primeras de Castilla, segun clase, y de 64 á 68 las segundas. Las de Aragon se pagan al detalle de 76 á 80 las primeras, y de 68 á 73 las segundas.

En trigos han sido bastantes las ventas que se han efectuado en la semana, y tambien han sido de consideracion los arribos que han motivado alguna flojedad en los precios. Se han colocado algunas partidas de candel de Alicante de 72 á 75 rs. la cuartera, y las gejas de igual procedencia han obtenido de 68 á 70 rs., segun clase. Otras procedencias de Cartagena y Almería á 66 rs. cuartera, y el de Aguilas llamado Piche de 70 á 72 rs. Entre las ventas de mayor importancia podemos señalar una partida de 4,000 cuarteras candel de Alicante, que lo ha sido á precio reservado; pero se cree obtuvo algo mas de 72 rs.

—En el mercado de ayer se vendió el trigo desde 46 á 53 rs. fanega; la cebada nueva de 25 á 27; la algarroba á 41; carne de vaca de 46 á 52 rs. arroba y de 18 á 20 cuartos libra; id. de carnero de 18 á 20 cuartos libra; id. de ternera de 88 á 98 reales arroba y de 42 á 51 cuartos libra; tocino añejo de 86 á 88 rs. arroba y de 32 á 36 cuartos libra; jamon de 110 á 116 rs. arroba y de 42 á 51 cuartos libra; aceite de 90 á 93 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; vino de 36 á 46 rs. arroba y de 12 á 14 cuartos cuartillo; pan de dos libras de 12 á 14 cuartos; garbanzos de 34 á 44 rs. arroba y de 10 á 16 cuartos libra; judías de 24 á 30 rs. arroba y de 8 á 12 cuartos libra; arroz de 30 á 36 rs. arroba y de 10 á 14 cuartos libra; lentejas de 16 á 20 reales arroba y de 8 á 10 cuartos libra; carbon de 7 á 8 rs. arroba; jabon de 62 á 66 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; patatas de 4 1/2 á 5 1/2 reales arroba y de 2 á 2 1/2 cuartos libra.

Por todo lo no firmado:—J. BERNAT.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 23 de setiembre.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 50-00 c.; á plazo 50-55 fin. cor. á 4 vol.; 50-70 fin. prox. vol.
Idem diferido, publicado, 44-95; á plazo 44-95 fin. cor. á 4 vol.
Deuda amortizable de segunda clase, no publicado, 16-50 d.
Idem del personal, id., 20.
Acciones de carreteras, emision de 1.º de abril de 1850, de 4,000 rs., 6 por 100 anual, no publicado, 97-25 d.
Idem de 2,000 rs., id., 97-25 d.
Idem de 1.º de junio de 1851, de 2,000 rs., id., 96-50 d.
Idem de 31 de agosto de 1852, de 2,000 rs., id., 95-50 d.
Idem de 1.º de julio de 1856, de 2,000 rs., id., 96-50 d.
Idem de Obras públicas de 1.º de julio de 1854, id., 96-00 d.
Idem del Canal de Isabel II, de 1,000 rs., 8 por 100 anual, no publicado, 110 d.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carreles, publicado, 94; no publicado, 93-90 p.
Acciones del Banco de España, id., 215 d.
Idem de la Compañia de los ferro-carreles de Madrid á Zaragoza y Alicante, id., 215.
Obligaciones de la Compañia de los de Madrid á Zaragoza y Alicante, con interés de 3 por 100, reembolsables por sorteos, id., 1,010 d.
Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar á Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, á 137 1/4 por 100, id., 10,300 d.
Idem de la Compañia del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, id., 1,425 p.
Acciones del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, idem, 1,625 d.
Obligaciones de id., id., id., 960 d.
Idem del ferro-carril de Montblanch á Reus, id., 950.
Acciones de la Compañia del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, id., 1,845.
Obligaciones de id., id., id., 931.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 49-95.
Paris á ocho dias vista, 5-22.

BOLSAS ESTRANGERAS.

Paris, 23 de setiembre de 1862.

Fondos franceses. (3 por 100. 69-05.
4 1/2 por 100. 96-70.
(3 por 100 interior. 49 1/4
Españoles. id. diferida. 44 1/4
(Amortizable. 21.
Consolidados. 93 1/2 á 5/8.
Amberes 18 de setiembre. Interior, 48-25.—Diferida, 44.
Amsterdam 18 de id. Interior, 48-21.—Diferida, 44 1/2.
Frankfort 18 de id. Interior 48-34.—Diferida, 44 1/4.

EDITOR RESPONSABLE D. JOAQUIN BERNAT

MADRID 1862.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Desde el día 1.º de octubre próximo se abrirá el pago del interés fijo correspondiente al semestre que concluye el 30 del actual. El pago se verificará en Madrid en las oficinas de la Dirección, calle de Santa Teresa, núm. 8, todos los días no festivos de once á tres de la tarde, y en provincia girando á cargo del Director ó por medio de libranzas en igual forma que los semestres anteriores; advirtiendo que el Establecimiento no se obliga á remitir libranzas mas que sobre los puntos en donde hay posibilidad de giro. Se recuerda á los señores suscritores que cobran por medio de personas encargadas al efecto, que deben autorizarlas especialmente para cada semestre, porque la autorizacion dada para uno no sirve para otro aunque sea de la misma familia. Estas autorizaciones se hacen por medio de una simple carta y por tanto no ocasionan gasto ni molestia y evitan muchos inconvenientes. Madrid 1.º de setiembre de 1862.—El director FRANCISCO DE P. MELLADO.

HISTORIA DE JERUSALEN,

POR MR. POUJOULAT.

Traducida por don Eugenio de Ochoa, individuo de la Academia Española.—Este libro, fruto de perseverantes estudios y graves meditaciones, ha sido inspirado por el ardiente amor de lo bello y de lo grande, por un enérgico deseo de servir la causa de la moral y de las ideas religiosas, de popularizar aquellas interesantes materias de las que todos creen poder hablar y que en realidad muy pocos conocen.

La *Historia de Jerusalem* es como la historia patria de todos los cristianos: eslo doblemente para nosotros los españoles que contamos entre los mas gloriosos timbres de nuestra nacion, el patronato que de antiguo vienen ejerciendo los reyes católicos por excelencia sobre aquellos Santos Lugares, regados tantas veces con la sangre de nuestros mártires, sustentados muy principalmente con nuestros tesoros, objeto preferente de nuestro filial desvelo, aun en medio de las mas grandes tribulaciones con que la Providencia ha querido probar nuestra constancia en lo que va de siglo.

Consta esta obra de un tomo en 4.º mayor de 300 á 600 páginas, edicion de gran lujo con 24 láminas aparte del testo, grabadas y estampadas en París. Precio 80 reales en Madrid, y 86 en provincias.

EL CRISTIANISMO,

SEMANARIO

RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Se ha publicado el número treinta y cuatro de este interesante semanario religioso, correspondiente al sábado 20 de setiembre, y contiene lo siguiente:

Seccion doctrinal.—*El Siglo de Oro*, por don Francisco Pareja de Alarcon.

Seccion religiosa.—*Trozos escogidos de nuestros escritores clásicos de religion.*

Seccion recreativa.—*Olga, gran duquesa de Rusia.*

Seccion de variedades.—*Los monges obreros.*

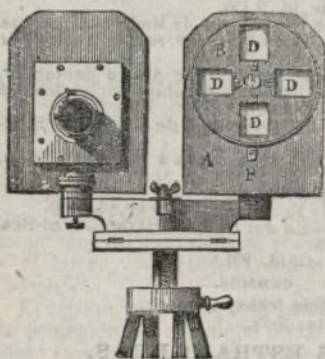
Seccion de actualidad.—*Revista de la semana.*—Boletín religioso de la semana próxima.—Festividades mas notables de la semana.

La suscripcion cuesta 5 rs. al mes en Madrid, 18 en provincias el trimestre, 50 en el extranjero y 3 pesos en Ultramar. Puede hacerse en la Administracion de EL CRISTIANISMO, calle del Barco, 34, principal, en todos los correspondientes de este Establecimiento, y en las librerías de Aguado y Olamendi, teniendo en cuenta que empiezan con el año, y que aunque no ha salido hasta el 1.º de febrero, se cuenta como si fuese el 1.º de enero, porque la empresa resarce los números que faltan de este mes con igual número de pliegos de Biblioteca.

DICCIONARIO DE ARTES Y MANUFACTURAS,

AGRICULTURA, MINAS, ETC.

Descripcion de los procedimientos industriales y fabriles. EDICION ESPAÑOLA, publicada por don F. de P. Mellado. Refundida y acomodada al alcance de todos, con arreglo al plan ordenado para la segunda edicion francesa, por M. CH. LABOULAYE. Las exposiciones universales de Londres y París han puesto á la vista del público los productos industriales de las naciones mas adelantadas; la obra que anunciamos es una exposicion universal de los procedimientos para obtener esos productos; quizá sea mas provechosa que aquellas, contribuyendo al progreso de las artes en nuestro país. En nuestra edicion hemos suprimido todo lo superfluo, pero en cambio hemos añadido todo lo necesario para los españoles. Nuestras especiales industrias, asi como nuestros buenos procedimientos, ocupan su debido lugar, teniendo en cuenta al traducir los métodos extranjeros, las modificaciones que exige nuestro clima, nuestro suelo, nuestros hábitos y nuestras latitudes geográficas,



asi como las de aquellos países donde se habla el idioma castellano: con este objeto hemos refundido y arreglado las fórmulas y tablas de aplicacion especial, relativas al péndulo, á la gravedad, á la caída de los cuerpos, etc.

Consta de cuatro tomos en 4.º mayor, de mas de 600 páginas cada uno, á dos columnas, edicion esmerada con 3,000 grabados en el testo, representando máquinas y aparatos de todas clases: precio 160 rs. en Madrid y 180 en prov.

Se suscribe y se hallan de venta todas estas obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en las librerías Americanas y de Bayli-Bailliere, calle del Príncipe; en la de Moro, Puerta del Sol; en las de Cuesta, Matute, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la de Durán, Carrera de San Geronimo; en la de Guijarro, calle de Preciados; en la Publicidad, pasaje de Matheu; y en la de Hernando, calle del Arenal, donde tambien se reciben los anuncios para el MONITOR. En provincias por conducto de los correspondientes del Establecimiento ó enviando letra del importe.

EL CIVILIZADOR.

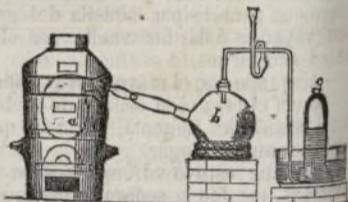
HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES, por A. Lamartine. Un tomo en 4.º á dos columnas. Contiene las siguientes biografías: Homero.—Juana de Arco.—Bernardo de Palissy.—Cristóbal Colon.—Ciceron.—Guttemberg.—Eloisa.—Fenelon.—Sócrates.—Nelson.—Rustan.—Jacquard.—Cronwell.—Guillermo Tell.—Bossuet.—Milton.—Antar.—Madama de Sevigné. Están popular el nombre del autor, que consideramos inútil encarecer el mérito de la obra. Todos los que la conocen, saben que cada una de las biografías del célebre autor de los *Girondinos* es una novela histórica; pero conviene advertir que la traducción está hecha con el mayor esmero, y la edicion, aunque económica, es limpia, correcta y esmerada: 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

INSTRUCCION PARA EL PUEBLO.

CIENT TRATADOS.

SOBRE LOS CONOCIMIENTOS MAS SINDISPENSABLES. Esta obra, verdadera *Enciclopedia popular*, está imitada no traducida del francés, pues la mayor parte de los tratados son originales y escritos por personas las mas acreditadas en las materias sobre que versan. Solo se han traducido los principios generales de las ciencias, pero cuidando de hacer aplicacion de ellos á España. Los *Cien Tratados* es la obra mas útil y mas barata de cuantas se han publicado hasta el día de su género.

Cada uno de los tratados forma una obra completa é independiente y todos reunidos forman dos tomos en 4.º mayor á dos columnas, con mas de 2,000 grabados en el testo. Precio 100 rs. en Madrid y 110 en provincia.



COCINERA DEL CAMPO

Y DE LA CIUDAD,

Ó NUEVA COCINERA ECONÓMICA.

SEGUNDA EDICION ESPAÑOLA

TRADUCIDA DE LA XXXI EDICION FRANCESA,

Y AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE

EN LA PARTE QUE SE REFIERE Á LA COCINA ESPAÑOLA.

Esta obra, la mas completa de su especie que se ha publicado en castellano contiene: Modo de servir y trincar en la mesa.—Cocina francesa, inglesa, alemana, flamenca, rusa, española, provenzal, languedociana, italiana y griega, con mas de 1,400 recetas ó preparaciones de sencilla y fácil ejecucion.—Diferentes métodos y recetas de economía doméstica para conservar las carnes, pescados, legumbres, frutas, huevos, etc.—Un artículo circunstanciado de pastelería.—Método fácil para hacer helados.—De las bodegas, vinos y cuidados que exigen estos.—Propiedades saludables y digestivas de los alimentos.—Prontos socorros que deben administrarse en casos urgentes.—Medicamentos que pueden prepararse en casa.—Recetas de perfumería; un tomo en 8.º de mas de 600 páginas, 16 rs. en Madrid y 18 en provincia.

FOTOGRAFIA.

Se ha abierto el día 15 de julio en la calle de la Montera, núm. 3, junto á la puerta del Sol, cuarto 3.º, un gabinete artistico-fotográfico, á competencia con los mejores de la corte; tiene una elegante y lujosa sala ricamente amueblada, para esperar las señoras y caballeros. Precio 40 rs. teniendo opcion á hacerse dos retratos, uno de cuerpo entero y otro de busto ó de silueta, á gusto de los concurrentes; y el precio de las tarjetas el ordinario de 4 rs.